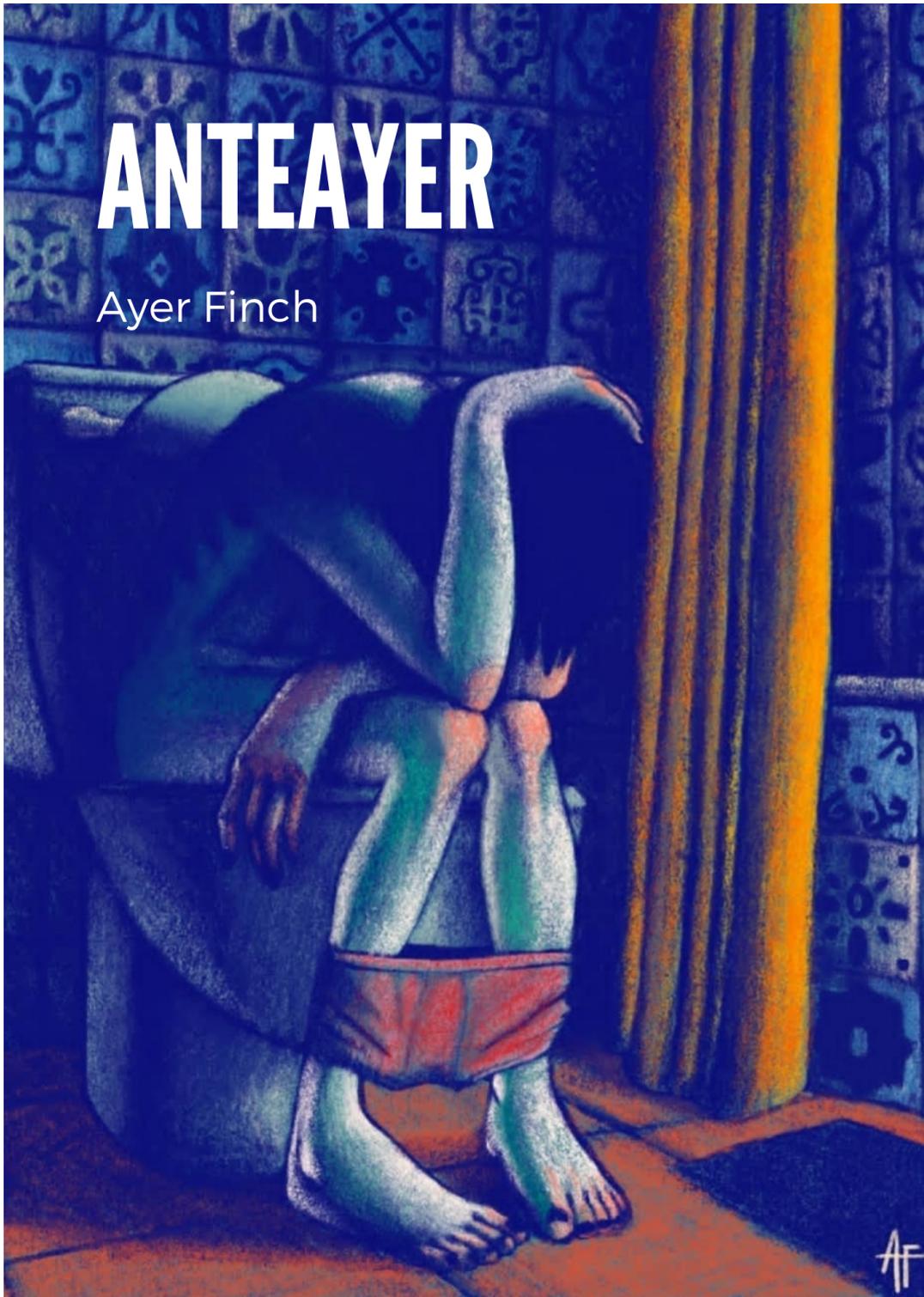


Anteayer

Ayer Finch

ANTEAYER

Ayer Finch



Capítulo 1

Doy una profunda bocanada de aire, aguanto la respiración y me coloco en posición horizontal, bocarriba, mirando el cielo. El agua me cubre el cuello y las orejas y mis pies se van hundiendo poco a poco; solo mi pecho y la mitad de mi cabeza sobresalen por encima de la superficie.

Me pregunto por qué lo llamarán «hacerse el muerto». Nunca he visto a un muerto en esta postura. De hecho, pienso, lo más lógico al morir ahogado es hundirse. Te quedas inconsciente por la falta de oxígeno, los pulmones se te llenan de agua y te hundes; lo único que sientes en tus últimos minutos de vida —uno o dos como mucho— es la mayor angustia que un ser humano pueda experimentar. Eso dicen. A veces me pregunto qué elegiría, si morir ahogado o morir quemado. En ocasiones he escuchado que de ambas formas se sufre una barbaridad. Me hace gracia que quienes hacen estas afirmaciones están, en realidad, vivos. ¿Quién sabe lo que se siente al morir? Lo normal sería sufrir, claro; pero ¿quién te dice que, a veces, la agonía no oculta cierto placer?

Cierro los ojos y me hundo en el agua. Me he aburrido de mirar el cielo. No hay ninguna nube. El sol de agosto brilla como un botón blanco en una camisa azul infinita, limpia, sin la más mínima arruga o perturbación. ¿Qué sentido tiene observar el vacío, aunque sea de un azul hermoso y cautivador? Supongo que los instantes previos a la muerte serán parecidos a esto.

Al decimotercer largo me encuentro exhausto y buceo hasta las escaleras para descansar unos instantes. Cualquiera diría que me encanta nadar. Lo cierto es que lo odio. De hecho, odio la mayoría de las cosas que hago. Y nadar es una de ellas. Sin embargo, llevo nadando casi todo el verano; ¿qué más puedo hacer? He probado miles de actividades diferentes estos dos meses de vacaciones y casi ninguna de ellas me ha hecho sentir vivo. El tiempo pasa ante mí como el agua de esta piscina: rodea mi cuerpo, se adapta a mi forma, pero jamás me atraviesa la piel. Estoy harto. Y, aun así, cada día veo varios vídeos de YouTube sobre cómo nadar en condiciones: qué postura adoptar; cómo controlar la respiración... ¡Como si me importara una mierda mi salud! ¿No es irónico? Me preocupo por cosas como esta, pero lo primero que hago al salir de la piscina es fumarme un cigarro. Cuando me dieron el alta hace unas semanas, los médicos me recomendaron reposo y, además, dejar de fumar. Esto último porque allí encerrado no podía aguantar el mono y estaba de tan mal humor me lie a voces con más de uno. Al final no he seguido ninguno de sus consejos. ¿Qué coño quieren, volverme loco? Pues a ver quién lo consigue antes, si ellos o yo mismo.

Cuando salgo del agua, una suave brisa acaricia mi cuerpo mojado y me hace temblar a tiritones. Me cubro con una toalla, enciendo un cigarro y

me siento en una tumbona a fumar. Odio que los cigarros duren tan poco. Fumando, parece que el mundo se detiene. Suena cursi, pero es así. Cuando todo empieza a girar a mi alrededor a una velocidad vertiginosa, tanto que apenas alcanzo a vislumbrar nada más allá de la punta de mi nariz, enciendo un pitillo y me dedico a fumar con tranquilidad, dando caladas lentas, débiles; intentando alargar el momento lo máximo posible. Entonces dejo de pensar en la muerte, la soledad, el hospital y el agua. Me imagino que soy un chico guapo de ciudad, de esos a los que nadie conoce, fumando en la boca del metro mientras fuera llueve y hace frío, con el pelo mojado y la nariz colorada. Es invierno y la gente deambula a mi alrededor. La ciudad está teñida de tonos grises. Un transeúnte se detiene frente a mí y me observa durante unos instantes con curiosidad. «¿Quién será este chico tan misterioso?», se pregunta. Se dispone a acercarse a hablar conmigo, pero yo no estoy para estas mierdas. Tiro la colilla al suelo y me voy. Lo siento, desconocido. Me acabo de convertir en uno de tantos a los que nunca volverás a ver en tu vida.

A veces pienso estas cosas. Entonces, cuando termino de fumar, vuelvo al mundo real, donde no soy ni un chico de ciudad, ni guapo, ni misterioso; solo un adolescente de pueblo amargado al que unos tíos casi revientan a hostias hace unas semanas y que ahora tiene miedo hasta de salir a comprar el pan. Ese soy yo.

Capítulo 2

Es el verano de 2021, el año en que un grupo de fascistas mata a Samuel Luiz Muñiz, un joven de veinticuatro años, al grito de «maricón» en A Coruña. Los medios de comunicación, la policía y los jueces se empeñan en blanquear la homofobia del caso, alegando que los asesinos no podían saber que Samuel era gay sin conocerlo; es por ello que la gente sale a la calle en manada. En ciudades como Sevilla, Barcelona y Madrid, miles, cientos de miles de integrantes del colectivo LGBT se apiñan en las calles a modo de protesta. A nadie le sorprenden las intervenciones —o, más bien, agresiones— policiales, que, como siempre que se trata de la izquierda, no tardan en llegar, a pesar de que las manifestaciones estaban siendo, hasta ese momento, pacíficas. Las redes sociales narraban dichos acontecimientos con el compromiso del que carece cualquier telediario; sin embargo, no me atrevía a entrar en Twitter. Desde su asesinato, el rostro de Samuel aparece en las tostadas con mantequilla de mis desayunos, entre las páginas de todos mis libros y en los mosaicos que dibujan los azulejos de la piscina de mi tía. ¿Qué me pasa?

Samuel es, en parte, el motivo por el que no dejo de pensar en la muerte. Desde su asesinato, el 3 de julio de 2021 (nunca olvidaré esta fecha), miles de recuerdos acuden a mi mente a diario, tan incisivos y dolorosos como dardos que se clavan en mi frente. No se tratan de memorias dispares e inconexas: hablo de fotogramas que, por desgracia, se quedaron grabados a fuego en mi cabeza, los cuales pertenecen al mismo momento, que pudo desarrollarse a lo largo de, quizás, solo cinco minutos; no lo recuerdo con exactitud. Para mí fue una eternidad. A veces estoy comiendo, por ejemplo, y doy un sobresalto: la imagen de un puño a escasos milímetros de mi nariz surge de la nada, como combustión espontánea que me abrasa el tabique y devuelve a mi cuerpo el malestar de aquel entonces. Samuel fue Samuel, pero podría haber sido cualquier otro. De hecho, Samuel podría haber sido yo mismo. Y ahora no puedo dejar de preguntarme qué hubiera pasado si cualquiera de aquellos golpes se me hubiera asestado algunos centímetros más arriba o más abajo; más cerca del corazón, o del cráneo, o de las costillas. ¿Cómo de cerca estuve de morir? Supongo que me enfrento a una ecuación en la que participan tantas variables que abarcarlas todas es imposible. Pero la curiosidad pesa sobre mis hombros como cien losas de cemento.

Capítulo 3

Pasado un rato, vuelvo al agua y sigo nadando. El muro que rodea el patio de mi tía, un muro liso de color ocre con tejas rojas, de casi dos metros de alto, proyecta su sombra sobre la piscina de manera que, a las siete de la tarde, ni un solo rayo de sol toca el agua. A esta hora está tan fría que no me queda más remedio que salir, secarme y abandonar el entrenamiento por hoy. De tanto pensar, no me ha dado tiempo a llegar a los cuarenta largos. Me da igual. Nadar es una pérdida de tiempo.

Atravieso el patio y entro en la casa. Mi tía no está. Sé que he dicho que esta es su casa, pero, en verdad, es de mi abuela. Era de mi abuela. Solo que mi abuela murió hace tres años y mi madre y su hermana, mi tía, heredaron la vivienda.

Se trata de una casa de pueblo tradicional, de las antiguas; de esas casas oscuras, frías y de muros gruesos en las que los dormitorios están en la planta baja, a ambos lados del pasillo que enlaza la entrada al salón. Los cuartos son interiores, y cada uno de ellos está conectado al pasillo por una puertaventana en ademán de iluminarlos un poco —sin mucho éxito—. Cuando era pequeño, las paredes estaban repletas de cruces cristianas y reproducciones de pinturas renacentistas, como La última cena de Leonardo o diversos retratos de Jesucristo, colgados tras marcos dorados con pesadas ornamentaciones barrocas. Mi madre y mi tía no tardaron en tirarlos, junto con la mayoría de los muebles, casi todos destrozados por el paso del tiempo, y los reemplazaron por otros más modernos. También cambiaron las puertas, que eran de madera oscura con pequeños ventanucos; reconstruyeron el baño, la cocina y el patio y construyeron la piscina. Ahora, excepto por la distribución de las habitaciones y los gruesos muros de mampostería que le siguen dando al hogar cierta apariencia cavernosa, casi parece mentira que este sitio haya sobrevivido a la Guerra Civil y la Dictadura. Ese es el motivo por el que la casa les resulta tan atractiva a los veraneantes. Cuando mi tía no está (la mayor parte del verano), ella y mis padres se la arriendan a sevillanos adinerados que se creen con derecho a protestar ante las peculiaridades del pueblo: que si las campanadas de la torre no les dejan dormir; que si el cacareo madrugero de los gallos tampoco; que si hay demasiados bichos... Y cuando se van, los olores de cada familia se quedan en la vivienda durante un tiempo, los cuales, si bien son todos distintos, me resultan artificiales y cosmopolitas, tan distintos al olor del campo que en varias ocasiones me he dedicado a abrir todas las puertas y ventanas de la casa, arriesgándome a dejar entrar el aire caliente de la tarde; siempre me ha dado igual. Hay algo en esos olores que me revuelve el estómago y me hace imaginar a los inquilinos rociando litros y litros de ambientador para maquillar aún más la verdadera identidad de la casa.

A mí me gustaba tal cual era. Aún recuerdo las baldosas del suelo, de colores sobrios y austeros, y los ojos de Jesucristo observándome desde el cuadro que colgaba frente a la cama en la que dormía cuando pasaba allí las noches. Me daba tanto miedo que en ocasiones me levantaba y cruzaba el pasillo, a oscuras, creyendo al mismo Jesús detrás de mí, hasta el cuarto de mi abuela y me colaba en su cama para dormir con ella. Aun así, prefiero aquellos cuadros a las impresiones ñoñas y melindrosas de flores, atardeceres e insectos que ahora decoran el salón y el pasillo. A veces pienso que, por lo menos, podrían haber mantenido la habitación de mi abuela intacta. Por respeto.

Lo único que me sigue recordando a ella es la oscuridad y la frialdad del sitio. Cuando entro por la puerta trasera, una larga sombra oscura me sorprende desdibujando los contornos del pasillo desde la entrada hasta el salón, como una enorme mancha negra de pintura al óleo. Me pregunto por qué me habrá sorprendido esta imagen cuando no es la primera vez que la veo —ni tampoco será la última—. Supongo que pensar en mi abuela me vuelve hipersensible a la soledad que inspira el lugar. Aunque la casa ya no parezca aquella en que pasé gran parte de mi infancia, cada sombra, cada esquina y cada baldosa me traen recuerdos de aquellos días en que aún estaba viva. Y, por mucho que intenten ocultar su verdadera esencia, la penumbra seguirá pronunciando su nombre hasta que los cimientos se caigan.

* * *

Voy a la cocina y cojo una cerveza de la nevera. Mi tía llegó esta mañana y dejó aquí unas cuantas cruzcampos y algo de picoteo.

Abro el botellín con un abrebotellas y le doy un largo buche mientras observo el patio a través de la ventana. La suave brisa que empezó a soplar hace un rato ahora se ha transformado en un fuerte viento que agita las copas de los castaños de manera intermitente.

Desde esta ventana se ven las montañas de la sierra ondeando hacia el horizonte, cubiertas de una espesa capa de vegetación desbocada que se va tornando azul a medida que se vuelve distante. Hay algo romántico y atractivo en esta visión que me conmueve y calma por dentro. Los árboles desconocen las injusticias del mundo. Todos aquellos rostros que aparecen en las noticias a diario, de gente atemorizada por el siniestro porvenir que cada vez parece más cercano, se me antojan paralelos a este tipo de paisajes. Nada malo puede ocurrir en un sitio tan tranquilo como el campo. Casi parece razonable deshacerse de todas las cosas que forman parte de la vida de uno, quiero decir, cosas materiales como la ropa, el teléfono o las putas mascarillas del demonio, y correr desnudo, como la vida nos trajo al mundo, a lo más profundo del castañar, donde no hay hombres ni mujeres, izquierda ni derecha, y uno se convierte en el ser más poderoso que jamás ha existido: aquel que de verdad abandona el

sistema y, por voluntad propia, jamás regresa a él. No hay nada más primigenio que el bosque indomado, donde los árboles crecen de manera arbitraria y la maleza cubre el suelo. Allí no hay nada más que instinto y emociones. Incluso aspectos naturales de la vida, me refiero a aquellas condiciones que por lógica están atadas a ella, como la muerte, la muerte de mi abuela, se vuelven neblinosas y parecen desaparecer entre las ramas de los alcornoques, doradas ya por los rayos del atardecer. Si hay vida tras la muerte, estoy seguro de que mi abuela se ha reencarnado en un animal que merodea por el campo, inconsciente de que ha tenido una vida pasada, y, menos aún, una tan compleja como las que tenemos los humanos.

A veces pienso estas cosas. Me encantaría ser un pájaro, o un gato salvaje, o un ciervo.